



P. ANTONIO SEDEÑO

FUÉ este santo varon raro ejemplo de virtudes en vida y no ménos en su muerte, y así fué muy estimado de gentes de todas suertes y estados, y particularmente eclesiásticos y religiosos, que reconocian en él una virtud admirable.

Siendo mancebo salió de España en servicio del Duque de Feria, y fué recibido en la Compañía en Loreto. Estudió en Pádua y tuvo en Roma á su cargo el colegio Germánico, de donde S. Francisco de Borja le envió al Japon. Llegó á Sevilla, y como supiese allí que ya las naves de la India eran partidas de Lisboa, esperó nueva obediencia: ésta fué dándole eleccion que se embarcase para el Perú ó la Florida.

Escogió la Florida como á ménos rica y más dispuesta para padecer en ella muchos trabajos por Cristo, y no se engañó; porque en ella y en la Habana padeció muchísimos en mar y en tierra, de hambres, frios, cansancios, tempestades, incomodidades, desamparos y peligros de la vida. Acontecióle caerse por las playas marchando á pié y enfermo, sin poderse más mover, entre indios de guerra, cruelísimos que habian muerto á otros de la Compañía, y escapar de ellos sin saber cómo. Mucho tiempo no comió sino un puñado de maíz, sembrado y cogido por su mano, y no más porque hubiese otro tanto que dar á pobres.

No dejó de hacer algun fruto entre aquellos fieros bárbaros y descubrir el enredo de sus hechiceros, que, parte con arte diabólica, y parte con fraudes y mañas, engañan aquella gente. Pondré sólo un ejemplo del modo con que engañaban, aún sin intervenir pacto con el demonio. Fingia un hechicero curar á los enfermos, aplicando un cañuto en la parte donde el enfermo sentia más el dolor, y luégo con la boca á la parte contraria atraia el aire de dentro, y hecho esto, echaba de ella tres piedrezuelas, que fingia haber sacado del cuerpo del enfermo. Hízole el Padre una vez con buen modo echar de la boca las piedras ántes de aplicar el cañuto, y se descubrió su embuste. Mejor

curaba el mismo P. Sedeño, el cual en una pestilencia que corrió entre aquellos bárbaros, se hizo médico, por poder bautizar los que muriesen de ella, y así envió muchos de ellos al cielo.

De aquí fué enviado á la Nueva España, y fué el primero de la Compañía que entró en la ciudad de Méjico, donde con su buena vida y doctrina aficionó al virrey, á los oidores y ciudadanos tanto, que luégo trataron de pedir de España, como lo hicieron, gente de la Compañía, y fundar en Méjico un colegio, como se hizo y fundó, siendo Rector el P. Antonio Sedeño, que lo sacó de cimientos y labró un cuarto que hoy dura.

Estando aquí, tuvo ocasion de ir á las Filipinas por estar más necesitadas: llevóle á aquellas islas el primer Obispo de ellas, D. Fray Domingo de Salazar, religioso del Orden de Santo Domingo, que despues murió, Arzobispo de Manila, en la ciudad de Toledo.

Este gran Prelado habiendo ido de su provincia de Méjico á tratar con el rey católico D. Felipe II negocios graves, y siendo nombrado por Su Majestad Obispo de Filipinas, pidió luégo al rey gente de la Compañía para llevar allá consigo; y así sacó de la Nueva España para llevarlos consigo, á los primeros de la Compañía que entraron en aquellas islas, que fueron el Padre Alonso Sedeño y el P. Alonso Sanchez.

Por la mar eran tan recogidos en su camarote el P. Sedeño y su compañero, y tan compuestos en su proceder, que componian toda la nave, y así era su doctrina muy estimada.

Entraron nuestros dos Padres en la ciudad de Manila sin manteos, porque los que habian sacado de Méjico, se les habian gastado y podrido en el viaje. Fuéronse á posar á S. Francisco, donde aquellos benditos Padres los tuvieron con mucha caridad hasta que hallaron casa, la cual tomaron en un arrabal, una milla de Manila, llamado Lagueo, bien pobre y estrecha, y tan mal alhajada, que la misma arca donde guardaban los libros, era la mesa donde comian.

Lo que comieron por muchos días fué solo arroz cocido en agua sola; sin sal, ni aceite, ni carne, ni pescado, ni aún huevo ni otra cosa alguna, y á veces por regalo alcanzaban unas sardinas saladas. Mas el buen Obispo que los habia llevado, no les dejó mucho tiempo así desacomodados. Porque no sólo les dió su librería, é hizo otras limosnas y obras de verdadero padre, sino que juégo trató de mejorarles la habitacion, aunque en el mismo sitio, por la inclinacion que halló en aquellos primeros Padres á no mudarse de allí; y así dándoles Andrés Cauchela, contador del rey Católico en aquellas partes, dos cuadras de solares, que tenia en aquel sitio, á instancia del mismo Obispo y por mandado del gobernador, con hacienda del rey de España y limosnas

de particulares se hizo una buena casa de madera y en ella su iglesia, donde nuestros Padres ejercitaban sus ministerios con gran fruto.

Tres años despues crecieron en número, porque enviando el rey Católico su real Audiencia á aquellas islas el año de 1583, y por presidente de ellas y gobernador de las islas, lugarteniente de su majestad al doctor Santiago de Vera, su consejero y juez en la real cancillería de Méjico; él al tiempo de su partida de Méjico, pidió al P. Dr. Juan de la Plaza, que entónces era Provincial en la Nueva España, algunos Padres que llevar consigo á las islas, en lo cual no sólo hizo instancia por sí, sino por otros personajes y ministros del rey, afirmando que en ninguna manera habia de ir sin ellos.

Con esta fuerza se alentó el P. Provincial á sacar de los pocos que entónces tenia en su provincia, cuatro sujetos, que fueron el P. Ramon de Prados, catalan; P. Francisco Almerique, italiano; P. Hernán Suarez, castellano, y el H. Gaspar Gomez, coadjutor, que todos cuatro han sido de mucho provecho en aquellas partes.

Fué tan grande el contento de este cristianísimo varon cuando se le dió el recado de nuestro Provincial, que le llevaron dos de los nuestros, concediéndole de su parte estos cuatro sujetos, que luégo delante de ellos se hincó de rodillas, y dió gracias á nuestro Señor porque habia alcanzado llevar los ministros de que se sirve en la conversion de las gentes, que así lo dijo él.

Con este socorro, aunque tan corto, dispuso las cosas el P. Sedeño de manera, que no sólo se ejercitase su caridad con los españoles, pero que se extendiese á los gentiles, chinos y luzones; haciéndose de todos notables conversiones, favoreciéndole nuestro Señor con algunas maravillas y providencias particulares; diré una que se me ofrece ahora:

Un pagano de aquellos isleños pasaba el rio de Manila en una barquilla muy pequeña, que las hay tanto, que no llevan dos dedos de bordo fuera del agua; y como hay tantos caimanes en aquel rio, que en esto es otro Nilo, encontróle uno que luégo le echó la garra y le zambulló al fondo, que es diligencia que ellos hacen con natural instinto, para matar y asegurar la presa.

Él, como otro Jonas debajo del agua, invocó de todo corazon al Dios de los cristianos, y al punto vió que dos personas vestidas de blanco le arrebataron de las uñas del caiman, y le sacaron á la orilla sano y salvo; por lo que él y dos hijos suyos se bautizaron. Al contrario le sucedió á otro cristiano, que olvidado de Dios, pasaba todas las noches el mismo rio de la otra banda, en ofensa suya, que, cansado ya de esperarle, envió su alguacil del agua, que así llaman allí á los caimanes, el cual prendiéndole, ejecutó en su persona el debido castigo de su maldad.

El fruto que hacia por su persona el P. Antonio Sedeño, era muy grande;

porque, no contentándose con establecer la fe y observancia de los mandamientos entre los cristianos antiguos, fundar la Compañía en aquellas islas y la religion católica en el corazon de muchos gentiles, se puede decir que casi fundó toda aquella república en una forma más política y cristiana.

Procuró que aquellas islas se poblasen y ennobleciesen. No habia ningun arquitecto en todas ellas, ni en Manila cabeza de todas; mas este siervo de Dios suplió tan gran falta, porque él enseñó á los indios y áun á los chinos este arte, y animó al Obispo á que hiciese la primera casa de piedra que se hizo en Manila, con cuyo ejemplo se fueron haciendo otras, hasta venir á la grandeza que hoy tiene aquella ciudad, la cual en esto es de las vistosas y agradables que hay en las Indias: porque de ántes las casas eran todas de madera ó de caña, pero buenas y cumplidas. En fin, el P. Sedeño era el arquitecto de la ciudad, y no le daban poco trabajo en hacerle ver y trazar y ordenar sus edificios, á lo cual él acudia con sencilla caridad y puro celo del aumento de la santa Iglesia, que él esperaba muy grande en aquellas regiones.

La primera fortaleza que se fabricó en Manila para su defensa, se hizo por su órden y traza y con su direccion y asistencia, que no le costó poco trabajo, y es la que llaman de Guia, porque cae á la puerta principal de la ciudad.

Tenia tanta suavidad y paciencia en los yerros, que los indios hacian en su ausencia; que sin descomponerse ni en una palabra ni en un mirar de ojos, hacia desbaratar lo errado y volverlo á hacer de nuevo.

Él fué el primero que allí inventó la cal, é hizo la primera teja; fuera de esto buscó pintores chinos y los tenia en casa, á fin de pintar imágenes, no sólo para nuestras iglesias, sino para las otras de Manila y fuera, y animaba á los encomenderos y curas, proveyesen sus iglesias de ellas, facilitándoselo con esta comodidad. Así adornó casi todas las iglesias de las islas de imágenes, que casi todas eran de la Madre de Dios.

Puso diligencias en plantar arboledas y hacer huertas. Deseó que en las Filipinas se criase la seda, porque, habiéndola en ellas, se aprovechase allí la que pasa á la China, y con eso ellas tuviesen más aumento. Para este fin plantó moreras é hizo otras diligencias, hasta hacer telar y enseñar á los indios á tejer á uso de Europa.

Vivió este siervo de Dios cuarenta años en la Compañía con grandísima edificacion, y en las Filipinas predicó los quince con admirable fruto.

Padeció mucho del asma, y por eso casi nunca dormia sino en una silla, ni por eso se regalaba ni dejaba de comer pescado en cuaresma y viglias. Y por mejor decir, casi nunca comia, porque fué extremada su abstinencia, la cual él encubria mostrando con grandísima disimulacion que comia de todo, y en realidad más era fingir que comer.

Fué muy penitente y riguroso consigo y suave con los otros, puntualísimo en obedecer, muy retenido y mirado en el mandar, comedido y noble en el tratar, liberal y dadivoso y pío. Socorria y hacia socorrer muchas necesidades de personas, y todos tenian en él favor para sus trabajos.

Tuvo grandísimo celo por el bien de las almas, y por ellas, como se ha dicho, del aumento y policia de las Filipinas. Solia decir que la oracion más alta es aquella en que más se determina uno de mortificarse. Así la tuvo él de manera, que su vida fué una perpétua mortificacion.

Eso predicaba en casa y fuera, y no sabia tratar en sus pláticas de otra cosa que mortificacion. Sus sermones eran de temor, juicio y condenacion; decia que aquello era lo que habia menester el mundo, y no se engañaba, porque realmente con esto hacia mucho fruto. Loando su doctrina uno de sus oyentes, repetia mucho un dicho que á él le habia hecho fuerza, que es: *Allá lo vereis*, lo cual el Padre decia con una verdad y eficacia grandísima.

En nuestro trato doméstico decia, que el que aspira á la perfeccion, se ha de persuadir que no es para él cosa de regalo en comida, bebida, cama, ocio y lo demás. Pero no persuadia él esto por fuerza, sino enseñándolo con buen modo y llevando con suavidad á cada uno conforme á las fuerzas que Dios le daba, aunque decia que estas da Dios á todos conforme á lo que se animan á trabajar y padecer por su amor.

Tambien decia que habia de morir uno ántes que hacer un pecado mínimo venial, y lo guardaba él tan puntualmente, que á veces en ocasiones parecia demasiado escrupuloso.

Fué su vida purísima, y su muerte muy parecida á la vida; porque despues de haber asentado y extendido la Compañía por várias partes de aquellas islas, quiso Dios premiarle sus trabajos con dichoso fin, llevándole en ellos mismos; porque le cogió la enfermedad, de que murió, en el trabajo que tuvo en ir á visitar la fundacion de la Compañía que se hacia en Cebú, donde aún no teníamos casa acabada de acomodar á la vivienda religiosa.

La primera cosa que encomendó cuando cayó enfermo en Cebú, fué que en todo caso se diese prisa á la obra de casa, y le pasasen á ella, porque queria morir en casa de la Compañía. Así se hizo, llevándole á hombros en un lecho cubierto, porque estaba tan enfermo, que no pudo ir de otra suerte, y fué extraño el consuelo que recibió de verse en su nueva casa.

Recreciósele esta enfermedad de la larga y trabajosa navegacion que habia traído desde Manila, que es de ciento y cincuenta leguas, en el tiempo de los vendavales y de las aguas, que es entónces en la bahía de Manila y hasta entrar en la provincia de Pintados, el más trabajoso y peligroso de todo el año; y como este trabajo y tormentas cargaron sobre sujeto flaco, enfermo,

viejo y tan trabajado; aunque llegó á Cebú bueno, hicieron más impresion, por comenzar luégo á trabajar, como lo hizo, con los sermones, que fueron de mucha estima en aquella república. Mas á él le derribaron de manera, que hubo de caer en la cama de una fiebre, que le fué gastando hasta acabarle santamente.

Admiraba á todos en su enfermedad su gran paciencia y resignacion en las manos de Dios. El P. Antonio Pereira decia, que entraba muchas veces á verle por gozar de tan admirable ejemplo y edificarse con él.

El día que murió, pareció por la mañana que no se le debía dilatar la Extremauncion; y así se apercibió para recibirla, diciendo le parecia que era tiempo. Alzó los ojos y las manos al cielo con una devocion grande, deseando pasar á la eternidad. Con esto se recogió en sí, y, sin hablar más palabra, recibió con mucha devocion este santo Sacramento, y murió en paz. No quedó yerto ni descolorido, sino con buen color, y los miembros blandos y tratables hasta la sepultura.

A su oficio funeral acudieron todos los eclesiásticos y religiosos de la ciudad, con los regidores y gente noble y granada, el cual se celebró con solemnidad, devocion y ternura.

Tambien en Manila, por la gran devocion que todos le tenian, le celebraron solemnes honras, no ménos con lágrimas y sentimiento, que con autoridad de todos los estados y religiones. Faltó este santo varon en ocasion muy apretada, en que se comenzaba á fundar aquella vice-provincia de la Compañía, lo cual se esperaba se hiciera prósperamente con su valor y prudencia. Mas quedó una gran confianza que no habia de ayudar á los nuestros ménos muerto que vivo, y así se vió en el aumento que nuestras cosas y ministerios despues de su santa muerte tuvieron, particularmente en el colegio de Cebú, que mereció su santo cuerpo, como piedra fundamental de su edificio.

Su muerte fué á primero de setiembre del año de mil y quinientos y noventa y cinco. Escribieron la vida de este siervo de Dios el P. Ribadeneira, y el P. Pedro Chirino en la *Historia de las Filipinas*, que se imprimió en Roma año de mil y seiscientos y cuatro, donde escribe de él en varios capitulos.

P. NIEREMBERG.

P. NUÑO RIBEYRO

AUNQUE en poco tiempo, que fué solamente espacio de año y medio trabajó en la India Oriental el P. Nuño Ribeyro por lo que otros hicieran en un siglo: y así mereció dar la vida por Cristo, pues en su servicio la empleó con un fervor y obras de apóstol.

Era este santo varon portugués de nacion, y, por su mucho celo, con el cual quisiera convertir á todo el mundo para Cristo, partió de Lisboa para la India, con otros ocho de la Compañía, á 8 de abril de 1546. Desde luego comenzó á hacerse á los trabajos y á dar admirables resplandores de religion y celo de las almas; y así era tenido por uno de los más principales Padres de la Compañía y fieles ministros del Evangelio.

Poco despues de llegado á Malaca, pasó solo, por orden de S. Francisco Javier, á la isla de Amboino, á donde trabajó con tanto fruto y provecho de toda aquella gente, que, en solos cuatro meses, trajo á la fe de Cristo casi seiscientas almas, y, en no mucho más tiempo, bautizó por sí mismo más de dos mil. Mas no se contentaba con trabajar en aquella viña del Señor por su persona, sino que tambien procuraba instruir ministros idóneos, para que le ayudasen en aquella empresa; con la ayuda de los cuales conservaba aquella cristiandad y aprovechaba mucho el santo varon, con excesivo trabajo suyo, haciendo pedazos los ídolos, derribando sus templos y alumbrando con la luz del Evangelio á los que estaban sentados en las tinieblas y sombras de la muerte.

Ni sólo cultivaba los indios, sino tambien á los demás cristianos portugueses, con increíble provecho de todos, con los cuales tenia grande autoridad por sus raras virtudes y por la caridad y misericordia que con ellos ejercitaba, siendo en todas ocasiones remedio universal de todos; que á todos acudia en sus necesidades, hasta desnudarse muchas veces de parte de sus vestidos, para darlos á los más necesitados, y alguna de todos ellos, quedándose sólo cubierto con una manta, y visitando de esta manera sus poblaciones, algunas veces con grande falta de salud, no reparando en ponerse á trabajos por el bien de aquellos que habia tomado á su cargo, sustentándose de ordinario con raíces del campo, y, cuando mucho, con algun poco de arroz ó maiz.

No queria para sí cosa de esta vida, ni queria ser molesto ni cargoso á nadie, sino provechoso á todos: á ninguno buscaba de quien hubiese de recibir,

sino á quien hubiese de dar ó hacer algun bien. Era como las aves seléucidas, que jamas las ven los habitadores del monte Casio, sino cuando las han menester para que los limpien la tierra de langosta.

Todas estas cosas hacian al santo varon muy respetado y amado de los indios y portugueses, y juntamente el reconocer en él espíritu de profecía, con el cual les anunciaba lo que les habia de acontecer.

Un dia, viéndose aquella isla muy á peligro de ser tomada por los moros, y los moradores sin esperanza ya de remedio, porque venia una gran armada de ellos, y llegaban ya cerca de desembarcar; el P. Ribeyro con grande seguridad y sosiego les dijo, que no habia que temer; porque tenian cierto el socorro de Nuestro Señor. Así fué, porque delante de sus mismos ojos se deshizo y desbarató la armada enemiga, echando cada galera por su parte, quedando los isleños libres maravillosamente.

Por estas mismas causas era el P. Ribeyro aborrecido de los moros, que le tenian grande ojeriza, persiguiéndolo en todas ocasiones. Pegáronle una vez fuego dentro de su pobre casilla para abrasarle con ella; pero librólo Nuestro Señor con su providencia, que todo lo alcanza.

Otra vez se escapó de sus manos, huyendo en un barco muy desacomodado, y, como tal, se hundió dentro de la mar; y hubo de salir el siervo de Dios gran trecho á nado, si bien tan maltratado de los golpes que se dió en las rocas y peñascos, de modo que no se podia tener en pié; y así anduvo dos ó tres dias arrastrando por la tierra, en los campos desiertos, hasta que Dios Nuestro Señor le deparó un hombre, que, compadeciéndose de él, le llevó á una poblacion de cristianos, á donde repararse; y no fué esta vez sola la que padeció naufragio este verdadero imitador de S. Pablo.

Viendo los moros que con el incendio no habian podido darle la muerte al santo Padre; deseosos de vengar las injurias hechas á su falso profeta, se concertaron con un hombre perverso, que diese la muerte con veneno al siervo de Dios, ofreciéndole buena cantidad de plata si salia con ello. El ministro de la maldad, en cumplimiento del concierto, el dia de la Asuncion de Nuestra Señora, despues de haber dicho el Padre Misa con singular devocion y sentimiento, entre la comida le dió el veneno, que luégo comenzó á causarle grandes bascas, excesivos dolores de estómago y una récia calentura.

Bien juzgó el siervo de Dios que la enfermedad era mortal, pero, por no dejar ni aún entónces de aprovechar á las almas de sus feligreses, se hacia llevar en peso, como otro S. Juan Evangelista, á visitar las poblaciones, enseñando y alentando á todos á perseverar en la fe, seguir la virtud y huir el vicio: hasta que, el séptimo dia, con increíble tormento y mayor paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, abrazando devotamente un santo Crucifijo,

dió el alma en sus manos con increíble sentimiento de los cristianos y admirable opinion y fama de su santidad, año de 1549.

El martirio de este dichoso confesor de Cristo escribieron el P. Nicolás Orlandino en la primera parte de la *Historia de la Compañía*; Rutilio Benzonio, Obispo de Recanate, *libro primero del Jubileo, cap. 11*; P. Luis de Guzman, en la *Historia de sus Misiones, lib. 2, cap. 52*.

Gerardo Montano, dedica á este dichoso Padre en su Centuria este epigrama:

*Cantharidum succos, lernaeque infunde nocentes
His Maure, et saniem Gorgonis adde super.
Gestit, et optata diffusus amystide vultum
Nunnius Hyblaeae munera ridet apis.
Nec meruit diro spumantia pocula letbro,
Virus in ambrosio gutture nectar erat.
Hoc meritum est, amor alme, tuum, feralia lernae
Toxica qui solus reddere mella potes.*

P. NIEREMBERG.

P. ALONSO DE CASTRO

EL dichoso P. Alonso de Castro, siervo fiel y glorioso mártir de Jesucristo, nació en la ciudad de Lisboa, de padres honrados.

Fué desde niño tan bien inclinado, que no parece habia nacido sino para ser santo. La misma virtud parecia natural en él, teniendo como entrañado en su alma un gran afecto y deseo de servir á nuestro Señor, y sus padres procuraron se adelantase en ella y tambien en las letras.

Confesábase con el P. Francisco de Viera, de la Compañía de Jesus, que despues pasó á la India, el cual ayudaba mucho á su penitente Alonso en el espíritu, y le puso en tanta perfeccion, que deseó imitar á los mayores santos, y hacer y padecer mucho por Cristo, hasta la misma muerte.

Pretendió entrar en la Compañía, y pareciéndole que lo alcanzaria mejor en la India y que allá tendria mayor ocasion para cumplir sus santos deseos, y alcanzar una corona gloriosa de mártir; se embarcó secretamente, sin decir nada en su casa. Tuvo aviso de ello, ántes que se diesen las naos á la vela, un